obras monstruosas de nuestros tiranos. ¡Guerra a la guerra! Este ha de ser nuestro grito de rebeldía consciente y dignificadora, sin dejarnos arrastrar a tan vergonzosa contienda.

Escuchar a los políticos encanallados, verbalistas que hoy se revuelven en una convulsión de epilépticos, sería demostrar que estamos conformes con la monstruosa guerra que aniquila la Europa y destruye la flor de las juventudes obreras. Ellos dicen que consideran esta guerra única, transcendental y determinativa, que se lucha por la civilización contra la barbarie, por el librepensamiento contra el dogma, por la libertad contra la tiranía. ¡Mentira vil! La guerra capitalista no puede traer libertad, sino esclavitud, ruina y muerte. Los pueblos, si quieren ser libres, han de saber librarse ellos mismos combatiendo a todos los Estados y burgueses y militares; lo contrario es soñar y mirar a la luna.

Nosotros, eliminados del peligroso laberinto, de ese vértigo de locura, incólumes y ecuánimes de abstracciones deprimentes en pugna con la razón, seguimos afirmando como siempre que esta guerra, como todas las guerras, es idéntica con todas las de la historia: parte de los mismos fundamentos. La guerra se hace por razones de egoísmo, supremacía y prepotencia que se disputan los dominadores asesinos.

No, no consintamos sembrar más luto en los hogares, donde es ya todo desolación y miseria, donde los campos se riegan con sangre y las naciones se pueblan de inválidos. Dejemos de escuchar a esos locos o pillos malvados que quieren arrastrarnos a esa horrorosa matanza que convierte al mundo en un lago de sangre, donde ya no se oye más que el lamento desgarrador de las madres, los ayes de los heridos y el llanto de las viudas. No, no consintamos ser pasto del voraz monstruo de la guerra y respondamos a todos los farsantes políticos y patrioteros que no queremos ir a destrozarnos para defender intereses que no son nuestros y que si la patria pide hombres, el pueblo pide pan y libertad.

En la guerra sólo conseguiríamos la entronización del militarismo, hacer el capitalismo más fuerte y fortificar las instituciones que nos diezman, aniquilan y asesinan. Al regreso de la guerra el soldado sólo encuentra escombros de un pueblo que ha sido, sin familia, sin hogar, sin amigos, sumido en la más tétrica y espantosa miseria. Y si queda inutilizado, la patria, como buena madre, le recompensará con la mendicidad pública o el asilo, que le servirá de cárcel mientras viva.

Los más dichosos serán los hechos polvo por la metralla, porque al fin no sufrirán más. ¡Basta ya de destrozarnos en guerras fratricidas! ¡Basta de hacernos esclavos y mendigos en las guerras del capitalismo y dejemos de verter inútilmente nuestra sangre en esas luchas crueles y estériles! Rebelémonos, y con nuestra avalancha destructora, derroguemos el presente sistema social, única manera de acabar con todas las guerras.

JOSÉ BEYA

Palafrugell, 12 de enero de 1917.

BOICOT

La Confederación Nacional del Trabajo recomienda a todas las sociedades de albañiles y similares de España, y muy especialmente a sus adheridas, que en vista de la conducta seguida por la burguesía y las autoridades contra los compañeros de la Pobla de Lillet, declaren el «boicot al cemento Asland», y en consecuencia se nieguen a trabajar con dicho producto.

Por dignidad, por solidaridad y por justicia.

Boicot al cemento Asland.—EL COMITE.

Razones y Palos

¡Así se gobierna!

Nadie podrá negar que el jocoso y triste...mente célebre gobernante que rige los *destinos* del pueblo español, sea un hombre que no cumpla estrictamente lo que promete y lo que se propone, aún cuando su intención sea contraria a lo prometido y a lo propuesto.

El sabe lo que *se hace*, aunque en apariencia parezca todo lo contrario.

Prometió a la clase obrera que se abaratarían las subsistencias y todo lo demás necesario a la vida, por lo que hizo una ley, y, efectivamente, en cuanto los obreros piden el cumplimiento de la misma, llegando para ello hasta a la protesta en forma de huelga, el Gobierno facilita incontinenti las subsistencias necesarias y casa gratis, por lo que no puede exigirse mayor baratura, llenando las cárceles de trabajadores.

Prometió el Gobierno a los trabajadores, ante la crisis de trabajo, que pronto se emprenderían obras y se fomentarían industrias en España dando trabajo a todos, y, efectivamente, nadie podrá negar que se ha fomentado la industria... del juego, legalizándolo con una proyectada ley precisamente para *beneficiar* a los que carecen de recursos, y que han sido enviados gran número de obreros sin trabajo a... sus respectivos pueblos de naturaleza donde seguramente tendrán más *trabajos* para vivir...

Prometió el Gobierno una amnistía «amplia» para todos los presos por asuntos políticosociales y que serían libertados en el mismo «día de Navidad», y nadie podrá desmentir la *amplitud* de... tiempo que se empleó para la promulgación de la amnistía y de que los contados presos excarcelados lo fueron durante los días de Navidad... que la Iglesia rusa celebra por la segunda semana de Enero.

Y sin duda por haber cumplido con tal acierto, por haber sabido gobernar tan sabiamente—con el equívoco, es por lo que al joco-serio gobernante que rige los *destinos* de la nación se le han ratificado los poderes para que siga gobernando haciendo todo lo contrario de lo que dice proponerse hacer, pues, según su propia confesión, haciéndolo así «sabe que todo le sale bien.» Testimonio de ello son sus propias palabras dichas a los periodistas al salir del despacho del rey:—Hoy —dijo— se cumplen trece meses desde que subí al Poder; quise hacer la crisis, a ver si me salía mal; pero me ha salido todo lo contrario.

El conde de Romanones, *sabe* lo que *se hace* como aquel a quien le decían:

—¿Qué haces, hombre? Crees ponerte un calcetín y te estás poniendo un gorro de dormir.

A lo que él contestaba:

—Sé lo que me hago; es que se me ha dormido el pie.

Y tiene tal confianza el jefe del Gobierno en su sistema equívoco de gobernar, que hablando con los periodistas añadió:

—Trece meses ha pasado en el Poder sin haber crisis; es de esperar que en otros trece meses no se hable de ella.»

Y acertará también a su manera; no se hablará... de otra crisis que la de las subsistencias y otros artículos de primera necesidad, crisis que él y sus congéneres los *negociantes* crearon, a no ser que de una manera inequívoca y enérgica, el proletariado militante acabe de una vez con tanto latrocinio y explotación inicua.

Hablando del *nuevo* programa de gobierno, ha dicho Romanones que tiene algunos proyectos de carácter social referentes a todos aquellos problemas que afectan a los obreros...

Malo... malo...

Con mucho respeto...

Una prueba más que viene a corroborar todo cuanto se dice referente al salvajismo brutal de la policía, lo es la circular del director general de *seguridad* (?) «señor don» Manuel de la Barrera, dirigida a todas las Comisarías, encareciendo que se guarden las mayores atenciones a los detenidos, sean éstos de la «clase» y «condiciones» que sean, y también que en los partes que diariamente dan dichas Comisarías de los *servicios* prestados, al mencionar los nombres de los detenidos se hagan con el tratamiento de «Don».

Claro es que cuando todo un director general de policía se decide á hacer tales indicaciones a sus subordinados, motivos existen de una monstruosidad tal que lleguen hasta a deshonrar lo que, por su naturaleza, no tiene ni puede tener honra.

La institución policial es por ella misma de tal psicología, que sobrepasa en maldad a los demás cuerpos armados.

Ahí está la banda de Martorell, que con sus continuados atropellos es digna sucesora de las que capitaneaban *Vinagre* y *Mecmento*, salidos del hampa matonesca y de la chulería.

Pedir buenos modales y buenos sentimientos a los profesionales de la policía, es pedir peras al olmo. Por eso es seguro que la circular del «señor» «don» Manuel de la Barrera sólo logre lo que tal vez solamente se ha propuesto: que las fechorías de los polizontes se hagan *con mucho respeto*, o sea con el tratamiento de «señor» o de «don» a los atropellados.

Y esto, hasta que el pueblo, harto ya del *tratamiento* peculiar de los polizontes, se decida a hacer con ellos, *con mucho respeto* también, lo que hizo el *Alcalde de Zalamea*...

«Cortando el bacalao»

Antes de estallar la guerra europea, el jornal de los trabajadores ocupados en la descarga de bacalao era de cinco pesetas, pero acosados por el encarecimiento de las subsistencias aquellos jornaleros acordaron dirigirse a los almacenistas en demanda del aumento de una peseta en el jornal, para poder comprar el bacalao necesario para su manutención, que en grandes cantidades ellos mismos descargaban y con cuyo *negocio* los almacenistas se enriquecen.

Tras de mucho bregar lograron de algunos burgueses el solicitado aumento de salario. Pero hete aquí que últimamente llegó una goleta con cargamento de este hoy *lujoso* pescado, y los mismos almacenistas, capitaneados por un tal Daurella, se opusieron a abonar el jornal de seis pesetas, ordenando el despido de los jornaleros que no se conformaran con el de cinco.

En cambio y como *contraste* a la actitud de los burgueses que «cortan el bacalao», sin cortarlo siquiera, ahí va este otro caso que leemos y cortamos de un periódico burgués:

«Para celebrar el nuevo año los marqueses de Orella han obsequiado a los obreros de sus fábricas con una función en el teatro del Tívoli, pagándoles, además, una merienda y los gastos de tranvía.

La fiesta resultó muy simpática, y los desprendidos aristócratas fueron ovacionados.»

Los dos casos, de avaro egoísmo el primero y de generoso *desprendimiento* el segundo, simbolizan, por su informalidad y engañifa, el sistema de gobierno de Romanones y la bobería del pueblo...

MONTEGUALDO

SOBRE LA FUSIÓN

Después de las cuatro sesiones laboriosas celebradas en el Ateneo Sindicalista, en las que han intervenido en su discusión la mayoría de los camaradas militantes del proletariado barcelonés, yo, que poco valgo para hablar de sociología, poco podré decir que no se haya tocado y hasta repetido; pero deseando aportar mi grano de arena a este proyecto que afecta a todos los trabajadores, deseo también dar mi opinión y es la siguiente:

Yo, como observador de la realidad positiva de las cosas que se suceden entre los trabajadores asociados, tan villanamente explotados y maltratados por el capitalismo y las autoridades, tratándonos tan implacablemente a los productores de todas las riquezas sociales, veo casi imposible poder realizar la *fusión* de todos los sindicatos en un solo organismo nacional sin antes eliminar en su totalidad a todos los políticos profesionales que dirigen la Unión General de Trabajadores, pues sin ello se verían precisados a retroceder los camaradas que representan la Confederación Nacional del Trabajo en perjuicio de la acción directa como táctica primordial en la lucha por la emancipación del proletariado.

¿No comprendéis, camaradas todos, que los socialistas parlamentarios que dirigen la Unión General de Trabajadores y los socialistas anarquistas—llamados sindicalistas—que a su vez dirigen la Confederación Nacional del Trabajo, es de todo punto imposible que se fusionen sin renunciar a sus respectivas tácticas y hasta sin abdicar unos y otros de sus principios filosóficos, que no pueden abandonar sin hacer antes apostasía de sus ideales que ambos desean ver triunfantes, los primeros, mayormente en beneficio de sus intereses políticos de partido (aunque digan lo contrario), y los segundos en pro de la colectividad, para llegar al comunismo libertario?

El ejemplo más terminante que comprueba mi opinión, lo han dado los ferroviarios en la «gran parada» sistema 1.º de mayo, en la huelga general platónica a plazo fijo del día 18 de diciembre pasado, influenciados y dirigidos deslealmente por los socialistas autoritarios que están al frente de la Unión General de Trabajadores.

Otro defecto que yo observo en la mayoría de los obreros asociados que no pertenecen a la Unión General de Trabajadores ni a la Confederación Nacional del Trabajo, es el de que estos sindicatos no ingresarán en la *fusión*, unos por no sentirla ya que muchos son *autónomos* por tradición y otros que no son nada por no sentir los ideales de emancipación, ya que en su mayoría son seres creyentes de lo indemostrable e inconvenientes de su misión social, toda vez que se conforman con obedecer a sus mandarines directores no obreros, que también son políticos de diferentes colores incluso católicos; cuyos mangoneadores no son otra cosa que enemigos de nuestra emancipación, burgueses recalcitrantes y algunos pelagatos aspirantes a serlo, remunerados por los que tras cortina les hacen bailar al son de la música que el capital y la autoridad les conviene representen para entretener a sus mansos rebaños que, conformándose con los sufrimientos de este mundo terrenal, esperan su emancipación, recompensa y bienestar en el reino de los cielos.

Yo, amante como el que más de la unión de todos los trabajadores del planeta para defendernos de nuestros verdugos, por considerar que la unión constituye la fuerza, soy partidario, ¿y como no?, de la unión que debiera agruparnos a todos los productores explotados en un apretado haz sin distinciones ni privilegios; pero considero un tanto difícil el llegar a la *fusión* de un solo organismo sin antes eliminar totalmente sin miramientos ni contemplaciones a todos los políticos, llámense A o B y ostenten el color que quieran. Al fin de cuentas no son otra cosa que enemigos hipócritas de los trabajadores, aunque ellos quieran presentarse como defensores de los obreros a quienes engañan y traicionan y viendo en ellos el apoyo para ascender a su pedestal y llegar a la cumbre de los grandes tiranos como lo han hecho los Briand en nombre de la palabra «revolución», erigiéndose después en nuevos Torquemadas a lo Cánovas, Maura, Canalejas, Romanones, etc., de tan triste recordación para sus víctimas.

E. MATEO SORIANO

El Ateneo Anarquista

NUESTRA LABOR

Trabajo leído en la velada celebrada en el Ateneo Racionalista de Sans.

Camaradas:

Siempre fué necesaria nuestra actuación en pro de la liberación humana; siempre y en todas partes fué conveniente al mundo del trabajo, la constitución de Ateneos anarquistas donde sin eufemismos, sin caretas, sin nomenclaturas desviadores se enseñara nuestra verdad, la única verdad reconocida por amigos y adversarios como salvadora del caos de miseria, de dolor y de opresión en que desatentada, se agita la Humanidad toda, desde el rey hasta el trapero, desde el banquero hasta el mendigo; porque siempre tuvo necesidad de mentores, de maestros, de guías, de redentores que la encaminaran allá al país de la liberación integral por entre los abrojos y las zarzas con que la tiranía y el privilegio circundaron los campos de la explotación y de la muerte.

Y ¿cómo no ha de sentir necesidad de redentores y de guías si todavía es esclava y ciega?

Pero los guías, los redentores no salieron nunca sino de la multitud anónima; los Cristos del pueblo jamás salieron sino del pueblo mismo; nunca de la aristocracia pródiga en tiranos, porque si alguno en momentos de sinceridad y de calma se declaró amigo de los desheredados, cuando vió en peligro los privilegios de su casta, o el grito de la sangre saturada de grandezas y de atávicos prejuicios osó manifestarse, claudicó vergonzosamente.

Somos nosotros, los proletarios de callosas manos, los eternos Cristos, los impenitentes caballeros del ideal, los maestros de las generaciones, los que hemos de hacer añicos todas las cadenas y dar la libertad al mundo encaminándole allá...

Laggiu verso la parte
dove si leva il sole...

Tal es la labor que compete a los anarquistas, y que, si en todas partes puede realizarla, no es menos cierto que han de procurar tener en cada localidad una casa social, un centro común de donde irradie la luz y la fuerza: la fulguración del relámpago que ilumina el campo de la inteligencia y el rayo que carboniza el privilegio.

En síntesis no es otra la labor de los ateneos anarquistas, porque aparte las doctrinas, el actual estado de desorganización política de los pueblos, por la incapacidad progresiva de la burguesía de que Lorenzo hablaba, lo impone de una manera inexcusable a todos los hombres de buena voluntad.

Bien es verdad, que esa labor entraña una tal multiplicidad de aspectos que por mi parte sería censurable vanidad pretender enumerarlos y menos definirlos, corriendo a la vez el peligro de cansaros; pero alguno de ellos es de una tan capital importancia, que por sí solo bastaría para justificar sobradamente la necesidad de crear en todas partes ateneos anarquistas, y con mayor motivo en Barcelona, que si en el campo de las ideas y los hechos de liberación es el núcleo y el faro de España, lo es hoy también del mundo; porque aun cuando nosotros despreciemos el concepto *patria* por inmoral y absurdo, fuerza es reconocer que mientras los trabajadores de otros países seducidos por sus gobiernos volvieron la espalda a las enseñanzas de la Internacional y a las lecciones de la Historia, los trabajadores españoles ni hemos claudicado ni hemos perdido la memoria hasta el punto de no comprender que los litigios en que los tiranos mettieron siempre al pueblo apelando a una criminal sensibilidad patriótica siempre fueron desastrosos para el pueblo mismo.

Y por eso, porque Barcelona es hoy el faro del mundo revolucionario, los anarquistas residentes en esta capital tienen el deber de oponerse primero a todas las desviaciones a que algunas cabezas hueras quisieran conducir al proletariado organizado, y encauzar el movimiento societario por las ásperas, pero seguras, sendas del verdadero camino que tienen a seguir los productores de la riqueza social para su completa emancipación.

Hemos llegado a tal extremo de confusionismo en las palabras, en los conceptos y a veces en las definiciones, por miedo a llamarnos anarquistas, que de la palabra «sindicalismo» queremos hacer todo un sistema sociológico los menos, y los más un verdadero apaguleo. Hay quien pretende hacer del sindicalismo lo que los socialistas estatales hicieron del socialismo, falseando primero la doctrina de los internacionalistas y haciéndolo, después, compatible con todas las prácticas gubernamentales.

En los periódicos y en los discursos socialistas suena la palabra «patria» con más entusiasmo y más fervor que si la pronunciara un quinto en la jura de la bandera, y os digo compañeros, que por efecto de esa degeneración, de esa corrupción de las ideas de los socialistas, ya se les concede butaca en los ministerios; ya se les mira como hombres de bien en todas partes, donde el bien y los hombres brillan por su ausencia; ya los niños góticos de la burguesía encuentran de buen tono llamarse socialistas, porque éstos han dejado de constituir un peligro para el actual régimen social.

Pero en verdad, al socialismo, con todos esos vicios, con todas esas corrupciones, con toda esa putrefacción ideológica, no le falta su motivo de ser.

No digo su razón de ser, porque motivo es cosa muy distinta de razón.

El socialismo de Estado, los socialistas gubernamentales, aspiran a apoderarse del Gobierno. Claro que ellos afirman entre nosotros que será para destruirlo, pero no vale lo que nos digan a nosotros sus compañeros de antaño, sino lo que dicen a la burguesía a la que procuran atraerse asegurándole sus privilegios, porque se dan cuenta de que los trabajadores jamás seremos aptos para mandar, entre otras causas, porque nos repugna obedecer.

Es el gran motivo de la existencia del socialismo. Sin el afán de apoderarse del Estado para obligarnos, en el mejor caso, a aceptar la mezquina igualdad que ellos conciben, el socialismo desaparecería; porque no queriendo sus hombres ser anarquistas, ¿qué misión noble tendrían a cumplir sobre la tierra?

Es fácil que se declararan sindicalistas; con tal de no ser anarquistas, serían hasta camaleones.

Pero, ¿qué es el *sindicalismo?* ¿A qué aspira, que pretende?

Os parecerá extraño que sea yo quien formule estas preguntas; pero fuerza es hacerlas para contestarlas.

El sindicalismo no es en puridad, digan lo que les dé la gana todos sus doctores y catedráticos de andar por casa, más que el sistema de asociación.

Todos sabéis que tiene origen francés, significativo de asociación.

Yo creo que ateniéndonos al castellano bien hablado y bien entendido, sólo procedería llamar sindicatos a los que forman los capitalistas.

Pero, puesto que la palabreja está admitida en el uso corriente, como otros tantos galicismos conque los pedantes cultivan la yedra del sincretismo en nuestro idioma, forzoso es usarla para entenderse, aunque también es forzoso convenir en que *sindicalismo*, así sin adjetivo que lo califique, es asociación: cualquier clase de asociación.

Si para los trabajadores, y hasta para las autoridades y la burguesía, la palabra *sindicalismo* significa tendencia revolucionaria o asociación de esa tendencia, se debe a que hablando sido Francia el país donde por distintas causas, que aquí no es ocasión de enunciar, se han manifestado más los anarquistas como organizadores del proletariado, tomó la asociación de los trabajadores una marcada tendencia hacia la anarquía, y esa asociación, en el fondo libertaria, ha pasado a España con el nombre de sindicalismo; pero quitadle la tendencia, a ver qué queda: una asociación sin orientaciones, sin principios, sin fines y sin tácticas de lucha. Y una asociación así, no sirve para nada.

Los sindicalistas de nuevo cuño, aquellos que se llaman así por miedo a llamarse anarquistas, como por lo mismo otros se llamaron socialistas, dicen que no precisa tener una denominación tan definida y concreta, pues sin llamarse ácratas se puede obrar como tal.

Mucha verdad que sin denominarse anarquista puede un hombre proceder anárquicamente, y en ese concepto, el nombre no hace la cosa, como dicen los filósofos franceses; pero también han dicho que, la habitación hace al habitante.

Es decir, que si el hábito no hace al monje, no se concibe un monje sin hábito.

Y muchos de los que se resisten a llamarse anarquistas, más que por miedo, lo hacen por pincharla, pues, no declarándose tales, no se les pueden echar en cara las abdicaciones en que puedan incurrir, lo que les permite, de vez en cuando, hacer de camaleones, sin responsabilidad moral.

Y esos son los que dicen que el sindicalismo no ha de ser precisamente anarquista, sino que ha de tener como propósito la lucha contra la burguesía y el Estado—fijáos bien,—contra la autoridad y el capitalismo, y como norte, la emancipación completa del trabajador.

Pero, ¿eso no es la Anarquía? ¿O es que nos hemos vuelto idiotas?

Luchar contra el capitalismo y la autoridad, contra la propiedad privada y contra el Estado, ¿no es un propósito anárquico, de completa emancipación?

Los sindicalistas a quienes me refiero, se resisten a declararlo así.

El hombre no hace la cosa; pero ellos se pagan de nombres, por temor, tal vez, de asustar a las multitudes.

Y yo os digo que, a veces, vale más asustar que engañar al pueblo.

Merced a esa carencia de definición, existen sindicatos obreros donde revolucionarios y católicos son un estorbo mutuo que ocasiona la atrofia del organismo, por no poder actuar en uno ni en otro sentido; como existen también sindicatos que de nada referente a cuestiones sociales quieren preocuparse, y otros que están destinados a hacer fracasar todo movimiento emancipador.

Tales son los resultados de un sindicalismo sin deficición.

Es inútil pretender que las cualidades naturales de las cosas se manifiesten en contra de sí mismas.

Si queremos elevar a las regiones superiores de la atmósfera a un bloque de hierro, de materia inerme, habremos de apelar a gases cuya ligereza sea capaz de vencer la fuerza de la gravedad del objeto propuesto, o a una combinación de fuerzas, siempre extrañas al bloque.

Si se rompe la envoltura de los gases, o las fuerzas dejan de actuar, inmediatamente, por la ley natural de gravitación, volverá a descender el bloque de materia.

El sindicalismo, sin una fuerza ideológica que lo propulse y que lo eleve, jamás podrá dejar de estar a ras de tierra, y lo que ha hecho en beneficio de las clases productoras, ha sido debido, precisamente, a aquella fuerza.

Se ha llegado a creer que el sindicalismo es todo un cuerpo de acción y de doctrina. Se ha llegado a decir, con muy mala fortuna, por cierto, *que se basta a sí mismo*.

Estos errores han sido originados por la actuación de los anarquistas en los sindicatos, que aparecieron como idealistas y fuertes, cuando la idealidad y la fuerza, si bien estaba dentro de ellos no era consustancial con ellos.

Quitadle la gasolina a un automóvil y veréis qué ocurre.

Si queréis moverlo habréis de ponerlo a remolque de una yunta.

Esto es lo que algunos admiradores de los metales, del lujo y tamaño del vehículo pretenden hacer hoy. Les ha costado tanto trabajo construirlo, que temen se empolve o se destroce al ponerle en marcha. Prefieren admirarlo, y, en último caso, que lo conduzca una reata; entre otras razones, porque ellos no están seguros en el manejo del volante.

Y es, que ha de ser la fuerza motriz de la gasolina, lo que debe impulsar al vehículo de la organización obrera; mas tened en cuenta, que con la gasolina por sí sola, sólo consiguiréis apestar al pueblo.

Esto es lo que a todo trance debemos impedir y evitar los ácratas, por que si la organización desprovista de ideales es un estancamiento del progreso, el ideal, cuando se desdeña la fuerza que lo impone, esta muy cerca del ridículo.

¿Para qué la asociación, sino para dar la batalla a la burguesía? ¿O es que después de haber construido un arma, entiéndase bien, un arma, hemos de conservarla cuidadosamente por temor a que se rompa apuñaleando a los tiranos?

El Ateneo Anarquista tiene a cumplir la gran misión de apoderarse del arma de la organización obrera degollando con ella el privilegio. El Ateneo Anarquista tiene la misión de apoderarse del vehículo, lanzándolo a ciento por hora por el camino de la emancipación integral, que ni los asnos ni los bueyes podrían recorrer en toda su vida.

Y para conseguir plenamente ese propósito; para atender a esa necesidad ineludible, el Ateneo Anarquista de Barcelona no puede, no debe circunscribir su actividad a las necesarias investigaciones de la filosofía. Muy bien que se discuta, mejor todavía que se estudie, aun mejor que se propague; pero mejor que todo eso es que se obre.

No está mal que pretendamos ser intelectuales, pero si lo está que cultivemos el escepticismo respecto de las masas, con lo cual llegamos a parecer aristócratas cargados de pergaminos.

El Ateneo Anarquista de Barcelona, una vez constituído haría bien en formar una Federación Española de grupos anarquistas con una cotización que permitiera atender a las necesidades de la propaganda y tanto como a estas a otras sin cuya satisfacción nos pasaríamos los siglos propagando.

Además, la organización nos permitiría poner a raya a los gobernantes que en cualquier punto de España hubieran atropellado a un compañero, y por nuestra propaganda y nuestra acción violenta y revolucionaria llegaríamos a influir de un modo eficaz y decisivo en la vida social. Primero siendo propagadores de la idea y garantía de las pequeñas libertades que el pueblo conquistó por su acción revolucionaria, y después capacitando a la organización obrera para la conquista de su emancipación total.

Porque somos nosotros, los proletarios de callosas manos, los impenitentes caballeros del ideal, los eternos Cristos, quienes hemos de hacer añicos todas las cadenas, quienes hemos de educar a las generaciones, y encaminar al mundo hacia la libertad, hacia el amor, hacia la belleza y la justicia: Hacia la Anarquía.

Allá, al país de las gentes libres y felices, donde no hay un hombre que mande en otro hombre, donde la mujer no es la esclava, donde los niños son las flores sagradas del amor libre en la vida libre.

Laggiu verso la parte
dove si leva il sole...

Allí hacia el país donde se eleva el sol.

FRANCISCO JORDÁN

Literatura rústica

El beso primero

Por la senda donde acostumbraban a dirigir sus pasos cada tarde, al anochecer, andaban con paso lento y descuidado, pisando inconscientemente las florecillas que más asomaban sus minúsculas corolas multicolores, por los indes de la tortuosa y angosta vereda.

Hablaban con tanto fervor y se hallaban tan entregados al intercambio de sus confidencias amorosas, que no se daban cuenta del obcecante croar de las ranas, que llenaba la campiña con su «ran-ran» monótono y desabrido, ni de los zabullidos que pegaban sobre las aguas muertas de los estanques ribereños, cuando sus pisadas las sorprendían fuera del agua, encogidas sobre la hierba exhuberante de la orilla. Nunca habían llegado tan lejos como aquella tarde. Acostumbradamente, fijaban el término de su itinerario crepuscular, en un álamo secular que, empotrado en una de las márgenes de la senda, absorvía con fruición y egolatría —por el conducto de sus raíces tentaculares—los ricos elementos de los légamos que las aguas de lluvia aportaban, junto con el zumo del estiércol que usurpaban al paso violento a través de huertas, vegas y campos, al mismo tiempo que extendía su larguirucha sombra, cuando los rayos cálidos del sol picoteaban las carnes de los campesinos.

Pero aquella tarde rebasaron el álamo, sin que ninguno de los dos lo notara. La caminata cotidiana debía, sin duda alguna, de parecerles aquella tarde, más breve, más fugaz que en los días anteriores. El bigardo tenía frases más dulces, más penetrantes, más apremiadoras que otras veces. La muchacha, debido a ello, bajaba algo el tono de su voz atiplada, y los ojos, sus bellos y expresivos ojos de campesina esquiva y timorata, miraban con fijeza de estatua una yerbecilla que, maquinalmente, tronchaban sus dedos temblorosos y marfileños. Como para sustraerse un instante al interrogatorio acosador del galán, interrumpió la marcha y exclamó:—¿Aún no hemos llegado al pobo? Miraron ambos en torno de ellos y como adivinaran, por las haciendas que se extendían ante ellos, que se hallaban más lejos ya del árbol aludido, soltaron un jobl de sorpresa, y seguidamente una carcajada un tanto comprimida.

Tengo miedo;—dijo ella—volvamos pronto a casa.

Las ranas habían cesado casi por completo de croar. La brisa vespertina apenas si hacía susurrar los arbustos circunvecinos y sonar suavemente las hojas lanceoladas de las cañas que rodeaban los pantanos y los huertos lindantes. La naturaleza parecía escucharles acecharles, observarles sigilosamente; tan profundo y extraño era el silencio que todo en ella guardaba. Era uno de esos momentos que dan al observador o transeunte aislado en medio del campo, la sensación de que los movimientos del sistema planetario se han paralizado, y que la vida ha quedado en suspenso en el orbe entero.

Como habían dado la media vuelta para regresar al pueblecito, vieron más alejado que otras tardes el caserío del mismo, de donde tres o cuatro farolas callejeras lanzaban destellos rojizos de su luz vacilante, como estrellas de primera magnitud. ¡Ay! tengo miedo—repitió la joven.—¿De quién... de mí?—contestó el mozo.—No; no se por qué he de tener miedo estando contigo, ni de qué puedo tener miedo. Y diciendo esto se apretaba a él, que paulatinamente iba enlazando su talle de avispa, y aprisionando la mano blanca y minúscula de la muchacha, en la suya rugosa, curtida y potente.

Regresaban con paso acelerado, pero más parcos en la charla y más circunspectos en los propósitos. Y de pronto se sentaron sobre un tronco viejo y anchuroso, aserrado a escasa altura sobre el suelo. Sus cuerpos se iban aproximando, confundiéndose en la penumbra del anochecer; sus voces se extinguían en una afonía progresiva; las sílabas se quedaban inarticuladas en sus gargantas, apretadas por la emoción; sus rostros se atraían mutuamente; sus alientos les embriagaban, y sus labios, que se buscaban, se atrajeron como dos imanes, en un violento extremecimiento carnal.

⁂

Largo rato más tarde, emprendían, fuertemente abrazados, el regreso al hogar. Andaban veloces y silenciosos como si tuvieran miedo del ambiente que les rodeaba; como si tras de ellos se hubiese hundido la tierra o las aguas de algún cauce desbordado les acometiera.

Mientras tanto, el clamoreo de los anfibios había reanudado en toda su intensidad; la brisa hacía bailotear las hojas y chocarse unas con otras; los cañaveralas arreciaban la trompetería, y la luna, que surgía del otro hemisferio, abría sus ojazos picarescos y dilataba el rictus eterno de su boca.

La Naturaleza, con sus instrumentos acordes, continuaba el concierto, un momento suspendido, entonando una serenata al inagotable amor, mientras que sobre el lecho de césped, maculado, yacían los restos de la virginidad destrozada.

F. BARTHE

MITIN ANARQUISTA

Con un lleno a rebosar se efectuó en el Ateneo Racionalista de Sans el mitin anunciado para la tarde del domingo último.

Presidió el compañero M. Herrero, de la Federación de grupos anarquistas e hicieron uso de la palabra Da Silva, Cortés y Pestaña.

Todos los oradores, a la vez que fustigaron despiadadamente a la policía por los procedimientos que ha puesto de moda cada vez que se avecida un movimiento huelguístico, hicieron una bella exposición del ideal anarquista, que fué escuchada con gran interés por la concurrencia.

De un buen día para la propaganda podemos calificar el domingo, pues pocas veces se ha hecho una labor tan eficaz como la realizada en la barriada de Sans, pues a los actos que se celebran en el Ateneo Racionalista, acuden siempre gran número de compañeras.

La campaña de propaganda que está realizando la Federación de grupos anarquistas, ha de dar, como se ve, excelentes resultados para el ideal emancipador.

A VOSOTRAS

La parca impía ha querido estrecharme entre sus brazos; amigos.

Su tétrica silueta ha bailoteado macábrica danza ante mis pupilas, haciendo llegar a mis oídos los sones cascados del escalofriante aquilarre que producían sus huesos al chocar entre sí. Su fea catadura ha estado junto a la mía demacrada por la enfermedad. Los cóncavos vacíos de sus ojos han buscado tenazmente los míos. Su destentada y fría boca ha ansiado besar la mía. Su mano huesosa ha pretendido estrangularme...

Sin embargo... Dos diosas del amor y la paz, dos ángeles humanos, dos mujeres en fin, han ahuyentado a la maldita bruja que intentaba borrar mi nombre del libro de los vivos. A ellas, debo la vida. Por ellas, quisiera poseer galana pluma, para contarles mi gratitud...

Sufrimientos y dolores me tuvieron agobiado en el reino del dolor y a él llegaron estas amantes de la Anarquía y como *Jesús* a *Lázaro*, me dijeron: «Levántate y anda.» Y el espectro se levantó obediente al mágico mandato y apoyado en ellas atravesó la senda de espinas de su dolor. Fuí más afortunado que el *Mártir del Gólgota*. Aquél exhaló el postrer suspiro entre muecas de dolor y colocado en medio de dos ladrones. Yo ofrendé mis primeras sonrisas a la Vida entre dos humanas sensitivas, entre dos mujeres tan bellas de alma como dos ramilletes de primaverales ilusiones. Por eso rindo a ellas homenaje y pleitesía Por eso las he colocado en el lugar más preferente del álbum de mi alma.

⁂

Y heme aquí otra vez, pluma en ristre. De regreso del borde de la fosa siento infinitos deseos de cantar nuevamente a la Vida. No a la vida miserable, cobarde y llena de ignominia y oprobio que arrastramos los humanos actualmente, sino a esa otra que vive en las mentes soñadoras de los poetas de la Anarquía, orlada con la aureola de la dicha y que divisamos los videntes del futuro, más allá de la aurora escarlata, formada con sangre y fuego, de la social revolución vindicadora.

Y para cantar a ella... ¿a quién mejor que a la mujer cantaremos? A nadie. La mujer es el arca sublime en el cual la Naturaleza puso los gérmenes de la renovación de la vida; es la divina cuna en que la Humanidad se mece; es poesía, oasis, cisterna del desierto de la existencia... En ella encontramos alivio a nuestros pesares y la energía que nos falta para las grandes empresas. Ella nos hace libar la dicha, el placer de los placeres en la artística y bella ánfora de sus labios. En ella hallamos nuestra perpetuación. Ella es la flor más divinamente encantadora, más aromática, más gentil, más maravillosa, que adorna y engalana el tiono augusto de la vida que reberera luz, y expande armonía por los espacios. Ella despierta en nosotros, en todos los mortales, más múltiples y diversas sensaciones, que en el espíritu místico y romántico del poeta, hace vibrar la imponderable Sinfonía del Silencio de los floridos campos.

Los idealistas sintetizamos en ella nuestro ideal, porque nada hay más digno de ser amado por ella, que reasume en sí todos los nobles transportes del sentimentalismo, toda la emotividad, todas las pasiones que hacen atrayente, sugestiva y amable la vida.

A pesar de esto; la mujer, esta criatura angelical, está relegada al ínfimo papel de bibelot, de pierrot, de arcilla, que solo utiliza el macho salvaje, como entretenimiento de sus ocios cuando la bestia íntima que duerme en su interior despierta y le muerde.

Después de estos momentos... ¡nada! Se piensa en ella como en mueble necesario y costoso, y ahí para todo. Y es que el hombre, no ve en la mujer nada más que la hembra, no quiere comprender la magnitud de su valía como compañera, como amiga, como colaboradora. Peor para él y peor para todos. Pues en tanto ella no se iguale a nosotros y se haga partícipe de nuestros anhelos, odios, amores y sensaciones, continuaremos siendo con ella, esclavos, cobardes y miserables.

La Parca impía, no me ha llevado amigos míos; y aún puedo dar ruido al mundo burgués déspota y asesino, y ofrendar flores a nuestra Madre Anarquía.

JOSÉ ARRANZ

La guerra (1)

Ha llegado a nuestras manos, y no podemos resistirnos a la tentación de traducirlo y reproducirlo, el folleto cuyo título encabeza estas líneas. Aunque editado en Suiza y firmado por *Un Sans Patrie*, creemos adivinar en él la pluma viril y persuasiva de un camarada francés, escritor y orador de gran talento, cuyo nombre no queremos aventurar en estos tiempos de patriotismo receloso y vengativo. Su estilo parece el de la misma pluma que en los comienzos de la guerra se esgrimió sin miedo contra los gobiernos y las burguesías que la han desatado y que, amenazado por los códigos diviles y militares de su país, reaparece en otro poco dispuesto a enmudecer y a dejar de decir su pensamiento netamente socialista y anarquista en estos momentos de suicidios.

Es necesario, proletarios españoles, que olgamos esta voz francamente opuesta a la de esta literatura burguesa que exaltada por el furor guerrero, parece sedienta de crear un ambiente intelectual y moral que acabaría con los principios de verdadera libertad y con los sentimientos de verdadero altruismo, si nos dejáramos sugestionar constantemente por el vocerío estridente de la prensa de todos los partidos políticos que tienen marcado interés en aureolarse, sobre este vasto cementerio europeo, que ha engullido y engulle lo más juvenil de la humanidad, enterrada por los sepultureros de la fracasada burguesía, en aureolarse, repetimos, defensores, unos, de la tradición y del mal llamado derecho, defensores otros, de menguadas libertades, todos colaborando para que mañana su mortal griteria les sirva de plataforma que les conduzca a este anhelado poderío gub